

# La Lengua de Cervantes y la Lectura del Quijote

Ramón Menéndez Pidal.

**¡C**uánta retórica se hace de continuo diciéndonos que hablamos la hermosa lengua de Cervantes! Pero no se comprende cómo se cree posible mantener ese nombre tópico sin informar nuestro lenguaje en la lectura frecuente de Cervantes. Esta consideración nos lleva a un problema que, por su carácter de previo y fundamental, se nos ofrece con el mayor interés. Acaba de celebrarse el cuatricentenario cervantino y en sus doctas tareas no sé qué se haya tratado de esta cuestión importante, la del Quijote en la escuela de primeras letras; y lo peor es que probablemente no se trató tal cuestión porque se la dió ya por resuelta negativamente.

Muy valiosos escritores se han manifestado opuestos a la lectura escolar del Quijote. No es extraño, pues hasta se ha dicho en España que el Quijote era lectura vitanda no sólo para los niños, sino también para los grandes, pues es libro decadente y de desaliento. Claro es que tan estridente afirmación ha sido muy contradicha; por mi parte, también la contradije por extenso en otra ocasión, y citándonos aquí a la lectura escolar, me fijaré en una opinión extranjera, no en las españolas, para dar a la cuestión mayor carácter de generalidad.

A comienzos de este siglo, el profesor de la Universidad de Berlín Heinrich Morf, profundo cervantista, refiriéndose *al Quijote para los niños* refundido por Franz Hoffmann quien hace del ingenioso hidalgo un competidor de los personajes de cuentos infantiles, decía: «Sabe Dios que la historia de Don Quijote no es un libro para niños, sino para hombres muy maduros. Aquel que en la juventud lee un libro que no corresponde a su edad, lo lee entre el aburrimiento y el despego, quedándose con una ingrata impresión para toda la vida, y con una íntima resistencia a repetir aquella lectura. De modo que el Quijote para los niños quita a la obra de Cervantes muchos lectores en buena sazón».

A esto no hay sino asentir, cuando se trata de un Quijote mal administrado a los niños. Si no se le adapta algo, es pesadísimo manjar, si se le transforma y deforma para convertirlo en cuento específicamente infantil, se le degrada y desvirtúa. Pero fuera de estos dos extremos hay otras soluciones.

Debemos partir de la afirmación que el mismo Cervantes nos hace sobre el éxito de su novela: «los niños la manosean, dice, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran.»

Verdad es que los niños de entonces, al manosear el famoso libro no entraban en él muchas de las notas de arcaísmo que hoy dificultan la lectura o la oscurecen. Pero esto le remedia una sencilla modernización de los pocos arcaísmos que la obra contiene. Si Cervantes escribía alguna forma hoy extraña, *trayo* en vez de *traigo*, *que vais* en vez de *que vayais*, si usa alguna construcción hoy oscura, la refundición es de necesidad evidente, y con ella nada se quita a la fiel presentación de la obra.

Verdad es también por otro lado que los niños de hoy no pueden llegar al fondo del Quijote. Pero esto lo mismo sucedía con los niños de antes, que manoseaban el libro sin leerlo entero y sin entenderlo como los hombres; y lo mismo sucede con muchos hombres que tampoco penetran más allá de la corteza; ¿penetran acaso los más obligados, alguno de los que llevaron el Quijote al teatro o al cine? Recordamos reciente una película tan incomprensiva para la obra clásica que su Quijote nada tenía que ver con el discreto loco cervantino y no era otra cosa que el mentecato Quijote de Avellaneda. ¡Qué desolación para Cervantes el verse así suplantado por su necio competidor! Esta incomprensión ocurre respecto a toda gran obra literaria, todas exceden a la inteligencia y al gusto de un muchacho en los primeros años de su formación, como exceden a la capacidad de una mayoría de hombres; y sin embargo deben darse a conocer en la enseñanza, en proporcionada medida, iniciando una lenta incorporación de las mismas al acervo espiritual del alumno.

La literatura esencial de un idioma debe aprenderse de un modo semejante al que se aprende el idioma en una época anterior de la vida. El idioma es una construcción ideológica enormemente superior a la comprensión del niño infante, y sin embargo el niño, oyendo sonidos que de ningún modo entiende, llega a comprender las palabras, y sin darse apenas cuenta de que tropieza con palabras inji-

7eligibles y frases oscuras, llega a dominar la totalidad del lenguaje. Ahora bien la literatura esencial de un idioma no es menos necesaria que el idioma mismo para la formación del espíritu, y el aprendizaje de ella, como todo aprendizaje del niño, o del hombre también, se consigue siempre a fuerza de percibir primero de modo incompleto aquellas cosas que sobrepasan la comprensión del instante y que requieren sedimentación, para ser ulteriormente asimiladas de modo más acabado, con reiterada lectura, con reiterado recuerdo.

Y dígase lo que se diga, el Quijote, a pesar de su profundidad, es obra asequible y conveniente a los niños, ni más ni menos que cualquier otra gran obra. Recuerdo a este propósito cierta experiencia hecha en una clase de treinta chicos de nueve a diez años, a quienes se dió a leer el Quijote seleccionando, y tengo a la vista las breves impresiones por ellos inhábilmente redactadas, las cuales me parecen plenamente satisfactorias. Diez de esos lectores infantiles no llegan a dar una opinión; reflejan a todo más algún concepto que han oído a sus maestros. Otros seis chicos encuentran el libro pesado y aburrido; no ven nada nuevo que distinga una aventura de otra; no pasa nada «bonito», dice uno. Otros tres de ellos declaran que se les hizo pesado el comienzo, pero que acabaron la lectura con gusto e interés. Siete captan la comicidad y se dejan dominar por ella, expresándose en torno a sencillas palabras como «alegría», «gracioso», «grotesco»; uno de éstos se había enfrascado en la lectura retirado, con golpes de risas a solas; otro se admira de que el Quijote sea, como él dice, «una obra de alegría» aunque cuentan que Cervantes sufrió muchos contratiempos. En fin, cuatro perciben alternativas divertidas en la conducta de Sancho y expresan un doble sentimiento o contraponiendo las palabras «alegría» o «gracia» a las de «tristeza» o «compasión».

En suma, más de la mitad de los lectores infantiles no entienden nada del libro, como más de la mitad del público maduro nada entiende de ninguna obra grande que lee. Pero casi la mitad de esos chicos lectores comienza a disfrutar alguna de las cualidades de la novela; y es indudable que, en esos selectos en ciernes, la lectura encierre alguna lumbre duradera.

Enrique Heine nos dice que la primera impresión literaria que recibió en su vida, el primer libro disfrutado por él en la niñez, en cuanto pudo leer de corrido, fué el Quijote. La lectura cautivante que le hacía retirarse a solas con el prodigioso libro, y conforme se sucedían los magullamientos, escarnios e ingratitudes sufridas por el invencible ánimo del hidalgo, aumentaba el efecto infantil y la admiración por el caballero de Dulcinea. Y esa lectura tan temprana no restó lecturas posteriores del cautivante libro, como Morf previene, sino que lejos de apagar la admiración ulterior de Heine, tuvo fuerza para llevarle a releer las aventuras del hidalgo manchego en todas las etapas de la vida, y para hacerle experimentar en cada nueva lectura las reacciones más diversas.

Pero fuera de casos excepcionales, el niño no debe leer el Quijote íntegro. Pues como al niño no hay que hablarle en un lenguaje en que lo incomprensible abunde, hay que evitarle en la literatura aquello en que las dificultades se hagan notar demasiado. Debe intervenir el auxilio de un maestro que entienda los gustos

tos y reacciones propios de la niñez y sepa guiar el espíritu infantil; pues los niños necesitan guía para leer, no ya el Quijote, sino cualquier otro libro; que por sí solos no saben hacer nada, ni jugar siquiera si no se les fabrica el juguete y se les enseña a divertirse con él. La tan decantada espontaneidad inviolable del niño es un mito pedagógico; el niño es un ser cultural; la cultura es tradición y dentro de la tradición lo espontáneo, lo inventivo.

Y ahora, muy de desear sería que una inteligencia digna de Cervantes, un crítico experto, hiciese en el Quijote un hábil acortamiento, suprimiendo los trozos menos significativos, eliminando los arcaísmos de lenguaje, de costumbres y de ideas que se hallen estorbosos para el disfrute estético del muchacho, y sobre todo, añadiendo un comentario destinado al maestro, a fin de orientarle en la tarea crítica de re-crear ante sus pequeños alumnos la obra cervantina, para que la empiecen a comprender y a sentir según sus pocos años,

La crítica, que debe auxiliar a todo lector en el disfrute de una obra de arte, no puede desdeñarse de acudir a las primeras lecturas de la vida. Y claro es que esa crítica elemental, en forma de sencillas explicaciones y notas, no es solo necesaria para leer a Cervantes. Es exacta la citada observación de H. Morf, que una mala impresión infantil estropea la buena comprensión futura del Quijote; pero esto es aplicable a toda obra literaria superior. Ninguna puede ser esencialmente comprendida por el niño, y entonces, ninguna debería ser leída hasta la edad madura; cosa insostenible. Los hombres maduros tampoco todos la comprenden, y no es preciso que cada lector sea sometido a un previo examen de capacidad. Toda grande obra tiene algo de asequible a las primeras edades de la vida, así como a las inteligencias limitadas, y la percepción de ese algo es siempre para cualquier lector un logro cultural.

Por otra parte, el niño, el muchacho que abandonado a la espontaneidad de sus gustos solo lee cuentos infantiles, por lo común desprovistos de todo arte, o novelas policíacas, pésimas, ha degradado su sensibilidad para toda la vida. Sin duda debe leer ficciones literarias destinadas a esos espontáneos gustos de la primera edad; pero no sólo eso, pues ha de comenzar a sentirse desde luego viviendo dentro de una cultura que ha producido unas cuantas obras maestras, de cuya substancia ideal ha de hacerse partícipe; es preciso que las grandes creaciones de la mente comiencen a modelar desde muy pronto la inteligencia y la sensibilidad del educando. De ahí la necesidad de una Biblioteca Literaria del Estudiante que reúna en un cerrado canon las pocas obras esenciales de nuestra literatura, convenientemente dispuestas y comentadas.

Volvamos por fin al punto de partida: si es preciso que el aprendizaje y formación de la lengua materna se haga en temprano contacto con las grandes obras literarias, preciso es que, entre los que hablamos la hermosa lengua de Cervantes, nunca deje de ser un hecho efectivo y eficiente la satisfecha frase del epónimo autor sobre su maravillosa obra; «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, los viejos la celebran».